

Otros cuentos de transformación (Pascua)

[Grimm: El enebro – Los niños de oro – Juan Erizo – El borriquito – Los ducados caídos del cielo – La espiga de trigo](#)

[Otros: Los niños de la Reina Dora – La princesa y la liebre blanca – Las tres liebres – El origen del diamante – La hacendosa Lisa](#)

EL ESPÍRITU DE LA MONTAÑA

Cuento de Pascua 3º, 4º

A través de las escabrosas montañas del Peloponeso, el viento rastrea muchos senderos angostos de ciudad a ciudad, de pueblo a pueblo. A menudo están bordeados por altos despeñaderos por un lado, mientras por el otro, el ojo del caminante mira cauteloso hacia profundos precipicios de oscuros barrancos donde ruidosos torrentes saltan sobre los peñascos en las estaciones de lluvia.

Al lado de uno de estos senderos, en la pared de roca lisa y gris, en la cumbre de la montaña, había una vez una cueva. Estaba en un lugar solitario, temido por los viajeros. En ese lugar, sólo el grito de las águilas volando en círculo sobre la cima de la montaña rompía el silencio. En esa misma cueva vivía un ermitaño, un hombre de apacible mirada y cabello gris. Pasaba su vida rezando por sus hermanos los hombres, y pidiendo a Dios gracia para ellos. Su oración siempre terminaba con las palabras:

-"Señor, no saben lo que hacen".

El sendero frente a su cueva corría al lado de una grieta profunda y oscura, y era en particular peligrosa, pues ocurría a menudo que un fuerte viento venía soplando hacia abajo desde la cumbre de la montaña, y ... ¡Pobre del caminante que en ese momento pasaba por ese sendero!

Estos aires eran tan violentos e inesperados, que el pobre caminante era barrido bajo sus pies y precipitado al barranco. En algunas ocasiones, la víctima desafortunada podía colgarse de algún arbusto saliente y gritar desesperado pidiendo ayuda, pero, ¿quién podría escucharle en ese lugar desierto e ir en su ayuda?

Bien, había alguien, y ese era el ermitaño que vivían en la cueva. Él conocía muy bien la montaña y sus caminos. El gran silencio había agudizado tanto sus oídos, que podía escuchar el sonido como de flauta aguda producido por el viento antes de arrojar el aire. Sonaba como si un ser poderoso estuviese inspirando un enorme aliento para llenar sus gigantescos pulmones hasta estar a punto de estallar. Entonces el anciano iba a la entrada de su cueva y escuchaba. Si oía un grito humano, corría con una soga en su mano.

De esta forma había salvado la vida de muchas personas.

Cerca a su cueva había construido una pequeña capilla de piedra donde colocó una imagen de San Nicolás, el santo protector de todos los caminantes. Día y noche mantenía allí una lámpara de aceite prendida y esto mostraba a los agotados viajeros el camino a salvo de la cueva. Por esta hazaña de compasión el ermitaño era amado y respetado por los habitantes de los pueblos que a veces había usado este peligroso camino.

Entre ellos se decía que un espíritu malvado tenía su morada en la cumbre de la montaña y que era ese el maligno que arrojaba a la gente al barranco; y ... ¿quién si no un santo podía proteger uno de un peligro tal?

El ermitaño, sin embargo, no pensaba que estaba haciendo algo extraordinario, y agradecía a Dios por cada rescate con éxito, pues amaba a la humanidad.

Una bonita tarde de primavera, cuando todas las flores de Grecia parecían estar en asamblea, el santo ermitaño salió de su morada para agradecer a Dios, al aire libre, por toda la belleza donada en la naturaleza. El aire estaba pleno de fragancia. Las lomas de la montaña se veían doradas o púrpura, con innumerables arbustos florecidos; los valles parecían alfombras persas de muchos colores, aquí y allá franjas de rojo brillante, naranja y amarillo. Estaba oscurecido y el ermitaño vio faroles moviéndose en los pueblos lejanos.

Era Viernes Santo, y allá abajo iban caminando con faroles en procesión con la imagen de Cristo muerto. El viento fresco llevaba el triste tañer lento de las campanas. El anciano permaneció allí hasta que la última luz hubo desaparecido. Después volvió a su cueva, pero cuando entró se llevó un gran susto. Parecía como si algo se estuviese moviendo cerca de la pared trasera de su morada, algo semejante a una enorme piedra. El santo anciano se persignó. De repente, el suelo bajo sus pies tembló y se escuchó en la cueva una voz pesada, como un gruñido de las profundidades de la tierra durante un terremoto. La voz dijo:

-“No hagas eso... sino tendré que irme y quiero hablar contigo”.

-“¿Quién eres?” preguntó el ermitaño con dificultad.

-“Soy el que gobierna cada montaña, y lanza a las hormigas humanas al abismo”, fue la horrenda respuesta.

“He venido para preguntarte ¿por qué y con qué poder tratas de impedirme hacer esto? - ¡Cuando apareces, me siento impotente!

El hombre santo no podía creer lo que escuchaban sus oídos.

-“¿Eres tú el espíritu de esta montaña?” tartamudeó.

-“Si, yo soy”, dijo la voz.

-“Tengo que hacerme visible de esta forma, si no tus ojos humanos no podrían verme”.

Continuó con vehemencia.

-“Yo os odio, seres humanos, sois indignos de confianza, ... ¡criaturas desagradecidas!

Los grandes dioses del Olimpo se volvieron contra vosotros, os cazaron y trataron de destruirnos.

Entonces el ermitaño le dijo:

-“Los seres humanos son los niños más jóvenes de Dios, y yo amo a mis semejantes, las personas, a pesar de su debilidad y sus errores”. “El único Dios, desconocido para ti, padeció la muerte por amor a nosotros, los seres humanos, y resucitó al tercer día. Todo lo que yo hago es en su nombre, pues su amor es inmenso”.

-“¿Amor?” preguntó el espíritu de la montaña.

-“La gente de mi época conoció el amor también. Pero el poder de tu Dios debe ser muy grande, lo veo, y por esto, escucha: Si puedes probarme que su amor es más grande que cualquier otro poder, yo me inclinaré ante él y dejaré a la gente en paz”.

El ermitaño miró hacia el cuadro de Cristo sobre su cama, se aproximó y se sentó debajo de él.

-“Que Dios me ayude” suspiró, “Te contaré sobre su poder: una vez conocí a un anciano pastor que vivía con su hija en un pueblo, se dio cuenta con horror que una de sus ovejas se había perdido. Volvió a las montañas para buscar al animal extraviado. Pasaron horas y él no volvía. Todo el pueblo estaba casi dormido cuando la joven hija, llena de ansiedad salió tras él. Conocía bien las montañas, pero buscó en vano, hasta que llegó aquí y lo encontró.

-“¿Sabes tú lo qué ocurrió después?” -“Sí, yo soplé al pastor sobre la margen del camino”, gruñó el espíritu. -“Pero consiguió agarrarse de un arbusto”.

-“Así fue”, suspiró el ermitaño, “y yo no le escuché porque estaba al otro lado de la montaña. Gracias a Dios que volví en ese momento pero aún así llegué demasiado tarde. Encontré a la chica colgada sobre el precipicio, una mano agarraba a la punta de una roca, y con la otra sujetaba a su padre medio inconsciente. No tuvo la fuerza para subirlo. Ya estaba agotada y se deslizó con él al abismo”. El ermitaño quedó en silencio.

El espíritu de la montaña resopló impacientemente:

-“Eso no es nada nuevo, el amor de una niña; ya he visto eso antes.

-¿No conoces la historia del rey Edipo y su hija?”.

El ermitaño asintió: -“Tienes razón”.

La tarde siguiente el anciano estaba sentado en su camastro, cuando la cueva tembló como un terremoto y el espíritu apareció:

-“¿Tienes algo mejor para contarme de lo que me contaste ayer? Preguntó burlón.

-“Escucha y juzga por ti mismo”, fue su calmada respuesta.

-“Una vez la guerra fue violenta en este país; fue una terrible guerra. El sufrimiento era espantoso entre la gente y entre aquellos que estaban luchando. No sólo el peligro, sino también mucha hambre y penalidades tuvieron que ser soportadas. Dos amigos estaban luchando en el frente. Estaban ya en las últimas, con hambre, frío y exhaustos, cuando uno de ellos fue herido gravemente en un ataque. Pero pasó algo. Sus compañeros tuvieron que retirarse ante la fuerza del enemigo y en la confusión, el herido fue dejado atrás”.

-“Pero no fue olvidado. Su amigo que casi no podía caminar, lo buscó y lo encontró. Este amigo cargó con su compañero en sus hombros, agotado y solo, pues no pudo alcanzar a los otros; lo llevó a través de las montañas. Tan pronto como llegó a mi cueva cayó inconsciente. Con la ayuda de Dios fui capaz de salvar a los dos”. El ermitaño quedó en silencio.

El espíritu de la montaña habló:

-“Esto es en verdad gran amor. Pues aquí no hay lazos de sangre pero yo también he visto verdadera amistad en los buenos viejos tiempos. Aquiles y Patroclo, y muchos otros”.

El ermitaño bajó su cabeza y dijo: -“Tienes razón”, admitió.

-“Vendré una vez más esta noche”, prometió el espíritu de la montaña, “pero será la última vez, ¡piensa bien!” y desapareció.

Era ya entrada la noche del Sábado Santo. En los pueblos la gente estaba yendo a la iglesia para la misa de la medianoche. El anciano se arrodilló ante la imagen santa sobre su cama. Era demasiado tarde para ir al pueblo y escuchar las alegres nuevas en la iglesia iluminada: -“¡Chiristos anestil” “¡Cristo ha resucitado!”.

Dios le perdonaría por perderse la misa por una buena intención. Cerró sus ojos y rezó. De pronto, una sombra oscura se deslizó en la cueva. Una mano brusca agarró la nuca del ermitaño, el cual levantó la mirada y vio ante él una cara perversa y salvaje.

-“¡Levanta las manos!”, ordenó la brusca voz

-“¿Dónde está el dinero?”. Temblando el anciano alzó sus manos.

-“¿Qué estás diciendo, hermano? ¿Qué dinero? yo no tengo nada”.

Murmuró el ermitaño con voz extenuada. El ladrón lo tiró al suelo y lo pateó. Rabioso buscó en la pobre morada, pero no encontró nada.

-“¿Vine a este lugar maldito para esto?” Gritó. Y golpeaba una y otra vez como un loco al indefenso anciano. Luego salió de la cueva maldiciendo.

Justo en ese momento, el anciano mal herido escuchó la nota aguda del viento y supo lo que ocurriría. La montaña tembló. Un violento soplo asaltó el camino. Sonó un grito en el aire. El ermitaño se esforzó en ponerse de pie, tomó la soga y salió tambaleándose. En la distancia, las campanas de la iglesia estaban empezando a resonar.

Con sus últimas fuerzas, el ermitaño se apresuró hacia el precipicio y lanzó la soga al ladrón que estaba colgado en un arbusto. El santo anciano sólo fue capaz de atar el otro cabo de la cuerda alrededor de la punta de una roca antes de que cayera a tierra muerto. En ese momento su alma dejó su cuerpo.

El ladrón escaló jadeando, vio al hombre muerto. Por un momento quedó petrificado y corrió gritando.

El alma del hombre santo merodeaba sobre su cuerpo.

El espíritu de la montaña habló:

-“¿Puedes verme ahora?”

El alma respondió: -“Sí, ahora puedo verte como eres en realidad”.

El espíritu preguntó:

-“¿Por qué hiciste eso? El te asesinó”.

-“Ama a tus enemigos, me enseñó mi Dios”, contestó el santo.

Cayó el silencio. Entonces el espíritu de la montaña dijo:

-“Ese es el amor más grande que cualquiera que he conocido. Mantendré mi promesa”.

-“La paz sea contigo”, dijo el santo.

En el valle, allá lejos, las campanas de Pascua sonaban alegremente.

Aportación de Patricia Juárez M.